

carne quemada nos llega hasta las narices ; sobre lagos de tinta roja nadan hermosos versos fragmentados en sílabas, y en medio de tanto estrago, con sonrisa de beatitud, apoya el verdugo cristianísimo estas palabras : *Justicia del cielo, estás hecha : la Gramática ha muerto á la Poesía!* (1).

(1) Este capítulo fué escrito cuando vivía aún el inspirado Gutiérrez Nájera. *Las mariposas negras* han llegado para él en fúnebre ronda, como decía en sus versos ; pero, en cambio, la inmortalidad ha comenzado para su nombre.

XIII

Nada he dicho aún de las poetisas mexicanas, y tiempo es ya de que les consagre un capítulo.

Sor Juana Inés de la Cruz, abrió un surco demasiado profundo en el campo de las letras de México para que nuestra curiosidad deje de empeñarse buscándola sucesoras. Muy ilustres las ha tenido, en efecto, y no me parece extraño al lugar, decir algo, antes, en general, sobre la mujer mexicana, cuyas dotes morales é intelectuales nos son casi desconocidas en Sud-América.

La educación que en México reciben los individuos del sexo débil, no es muy distinta de la de acá, y equivocados están los que

piensan que influye en el carácter y costumbres de esas mujeres, la intermediación á los Estados Unidos del Norte.

Continúa en la capital y los estados federales de México, el sistema español antiguo, de mantener al bello sexo bajo una dependencia absoluta de los esposos, padres ó hermanos. El catolicismo encuentra en ellas todavía un baluarte, y su humildad, no cristiana sino nativa, contrasta notablemente con la arrogancia propia de los varones de México. Esto explica el que su influencia religiosa y política haya sido siempre insignificante, al revés de lo que pasa en otras naciones de igual origen, donde las mujeres son un poder que desafía en materias religiosas, sobre todo, el de los hombres más encumbrados.

La mujer mexicana, que oye misa porque se lo tolera el marido, guárdase mucho de aventurar una opinión contraria á la educación liberal de sus hijos. Domina, pues, en el hogar, con su amor y con sus virtudes, pero no con sus ideas, resultando de esto una armonía ideal que en Quito, Lima ó Santiago, desesperaría á los sacerdotes.

Esa humildad femenina en que descansa la paz doméstica, sin que se deba á la presión tiránica del hombre, puede ser para algunos signo de pobreza moral, pero no lo es en efecto, desde que aquella humildad no roba á la mujer el natural esplendor de su inteligencia. Mujeres infinitas hay en México que cultivan las artes con provecho, y la ciencia misma, ocupa á bastantes.

Matilde Montoya, dama mexicana que ejerce la medicina hace varios años, después de lucidos estudios, es una prueba de que no están allá cerradas á la actividad femenina las profesiones más duras y laboriosas.

De heroísmo han dado las mexicanas brillantes muestras. Sobresale entre muchas mujeres grandes, aquella jalisciense, Agustina Ramírez de Rodríguez, que después de perder á su marido en la guerra de la *Reforma*, luego que comenzó la Intervención Francesa, presentó por sí misma para soldados, á trece hijos que había tenido durante su matrimonio. La Ramírez acompañábales en el campamento, buscando después de cada batalla el cadáver de alguno de aquellos leones

que necesariamente caía. Así perdió doce hijos por la acción del plomo y uno por efecto de la insolación, al retirarse de la campaña, esta mujer que eclipsa á la famosa *Cornelia* y que deja muy atrás á la heroica madre de los *Macabeos*.

No puedo fijar el número de poetisas contemporáneas de México ; pero, á Dolores Guerrero é Isabel Prieto de Landázuri, tan celebradas, y que bajaron á la tumba hace algunos años, han sucedido con igual brillo, Esther Tapia de Castellanos, Laura Méndez de Cuenca, Refugio Barragán de Toscano, Josefina Pérez de García Torres, Rosa Carreto, Josefa Murillo, Dolores Correa Zapata, María Santaella, Luz G. Núñez de García, Laureana Wright de Kleinhans, Refugio Argumedo de Ortiz, Julia G. de la Peña de Ballesteros, Mateana Murguía V. de Stein, Luisa Muñoz Ledo, Gertrudis Tenorio Zavala, Rita Zetina Gutiérrez, Angela Lozano, Beatriz C. Castilla Portugal, Virginia Irigoyen, Margarita Kleinhans, Victoria González y muchísimas otras que harían inacabable esta relación.

Dolores Guerrero, que murió en 1858 á la

temprana edad de veinticinco años, fué una poetisa notable por la sinceridad de sus versos. Leyendo los apuntes biográficos de esta joven, se reconoce en ella un tipo de angelicales prendas, una de esas mujeres todo corazón y ternura, que no saben mentir y que en las llamas de único y grande amor, desaparecen como la mirra sobre encendidos carbones, no dejando otra huella que su perfume.

Es popular en México la siguiente estrofa en que, la Guerrero, no pudiendo disimular lo que experimenta por *Lusi*, se declara con impetuosidad extraña á su sexo :

A tí, joven de negra cabellera,
de tez morena y espaciosa frente,
de grandes ojos y mirada ardiente,
de labios encendidos de rubí ;
de nobles formas y cabeza altiva,
de graciosa sonrisa y dulce acento,
de blancos dientes, perfumado aliento,
á tí te amo no más ; no más á tí !

El hombre que inspirara estos versos no tan correctos como afectuosos, agravó con su ingratitud la enfermedad al corazón que padecía la autora.

Morir de amor es más común de lo que se cree. Dolores Guerrero, herida en el alma, rindió su cuerpo á la tumba como las heroínas de tanta historia romántica, llamando con dulce voz al ingrato motivo de sus tormentos.

Así se despidió de México la interesante joven, poco antes de dormir el eterno sueño :

Noche serena y plácida,
en cuyo hermoso cielo
viajera sola y lánguida
la luna triste va :
hacia la bella patria
do se meció mi cuna,
haz que tu brisa llévese
mi triste suspirar.

De esta ciudad espléndida
me agobia la grandeza,
y las memorias férvidas
de mi niñez fugaz,
hacen brotar las lágrimas
de mis opacos ojos,
y entre ellas aún diviso
mi humilde y dulce hogar

Allá todo inocencia,
dichas y amores cándidos ;
aquí todo mentira,
dolor y deslealtad.

Durango, pueblo humilde,
la tierra de mis padres,

¿ cuándo tus campos fértiles
podré otra vez pisar ?

Allá mis dulces risas,
aquí mi eterno llanto ;
allá un amor del alma,
aquí un mentido amor.
Allá la paz bendita,
aquí los desencantos ;
allá las flores cándidas,
aquí las del dolor...

Presto veré tus campos ;
mas, ¡ qué cambiada torna
á su paterno nido,
el ave que voló !
Torna con la alma herida,
las alas destrozadas,
las ilusiones muertas,
ya sin arrullo y voz...
Prepárele tu suelo
lugar para el reposo,
para el postrero sueño
que anhela mi dolor.

Mas, ¡ ay ! ¿ por qué llorosa
dejo, y con pena mísera,
la ciudad que burlara
mi pobre corazón ?
¿ Por qué?... calle mi labio ;
su nombre te quemara...
Adiós, suelo del alma,
ingrato suelo, adiós !

Estos versos, impregnados de melancolía, tienen el mérito de presentar á su autora en la plenitud del mal que la arrastraba á la tumba, sin descomponer lo apacible y bondadoso de su carácter. Conmover es el sufrimiento que se revela así, tan resignado y tan hondo, en una mujer de veinticinco años. Esta agonía, que así podemos llamarla, sonriente, animada, sin contorciones, tiene algo de beatitud que la hace triste y simpática.

Dolores Guerrero había dicho ante el retrato de *Lusi*, en un arranque lírico el más sincero:

Aquí, por siempre aquí, sobre mi seno
para burlar á mi funesta estrella,
¡oh! imagen dulce, dolorosa y bella,
que de suspiros y de besos lleno!

Acompaña mi cuerpo hasta el terreno
donde marque mi pie su última huella...
Do recline mi sien, duermes con ella,
¡oh! corazón de tu penar ya ajeno!

Imagen de mi bien, hasta el retiro
donde me arrastre mi funesta suerte,
llorando te veré cual hoy te miro;

Y cuando llegue la anhelada muerte,
á él enviaré mi postrimer suspiro
y aún así te veré... si puedo verte!

Pequeño, indudablemente, resulta el hombre que de tales exaltaciones es el motivo. Admiramos el fuego que consume á la víctima,—pues no se trata aquí de mentiras poéticas, sino de un positivo drama,—pero, siempre nos queda el disgusto de pensar en que esa víctima se enamoró tal vez de un gánapiro.

¿Quién fué ese *Lusi*, y qué altas prendas mostró que le hicieran digno de una pasión tan exclusiva y tan grande?

Para humillación del espíritu en sus luchas contra la animalidad que afectamos despreciar tanto, ejemplos muchísimos se presentan de mujeres inteligentes y hermosas, apasionadas de pobres diablos sin más virtudes ni inteligencia que un mono. Y en lo tocante á escritoras y poetisas, en todas partes se nota, por lo general, la disparidad entre las brillantes creaciones de su fantasía y el objeto real de sus afecciones.

El hombre, por muy espiritual que sea, condenado está por sus apetitos groseros á preferir, ordinariamente, la hermosura del cuerpo á la del alma; pero, la mujer, naturaleza

más fina, parece que auxiliada de poderoso intelecto, debía siempre mostrarse superior al hombre en este sentido.

No sucede así, por desgracia; y esto es una prueba más en favor de que la mujer dotada de grandes facultades intelectuales, se acerca en mucho al varón. Piensa como él y obra como él en sus apetitos, sin que hagamos culpable á la educación más ó menos viciosa que ha recibido, de lo que es sencilla imposición de naturaleza.

Raros ejemplos de mujeres talentosas y fuertes contra la carne, no constituyen regla. Lo positivo es, que desde Safo y Aspasia á Catalina de Rusia y Sarah Bernhardt, las grandes inteligencias femeninas responden á poco ó ningún escrúpulo en el amor.

No alcanza esta digresión á nuestra heroína, ni vela para ella reproche alguno en particular. Si amó á un hombre inferior, cosa muy posible aunque no segura, fué ese hombre, al menos, la exclusiva pasión de su juventud.

La misma intensidad del cariño de la Guerrero está demostrando su inexperiencia de

virgen. Quien muere á los veinticinco años, del corazón, adorando á *Lusi*, no es una mujer de las que encuentran á sus amores fácil reemplazo; no es de esas criaturas *privilegiadas*, que al igual de los hombres hacen conquistas y que tienen para sus decepciones, alambicados pensamientos en vez de lágrimas...

Isabel Prieto de Landázuri, que murió el año de 1876, ha sido una de las más fecundas é ilustradas poetisas de México. Leía y escribía en alemán, inglés, francés é italiano, sin que llegara su ilustración á robarle esa exquisita modestia que le reconocen todos sus biógrafos.

Marcha Isabel Prieto á la cabeza de sus contemporáneas, por la calidad y el número de las obras dramáticas que produjo. Le debe el teatro de México las siguientes comedias y dramas: *Abnegación*, *Un corazón de mujer*, *Las dos flores*, *Espinas de un error*, *La escuela de las cuñadas*, *Oro y oropel*, *El ángel del hogar*, *Los dos son peores*, *En el pecado la penitencia*, *Un lirio entre zarzas*, *Una noche de carnaval*, ¿ *Duende ó serafín?* *Sonar despierto*

to, *Un tipo del día*, y algunas otras piezas sin título, á más de una magnífica traducción de la *Marion Delorme* de Víctor Hugo.

La fibra sensible en el corazón de esta poetisa fué el amor maternal. Dirigiéndose á su hija en una delicada composición, tiene los siguientes versos:

Mi paloma del arca, mi hechicera,
mi inocente y bendita mensajera
de paz y bienestar ;
tú has venido, cual la otra, blanca y pura,
trayendo por olivo la ventura
más completa á tu hogar.

Como un rayo de sol que innunda el cielo,
desvaneciendo el tenebroso velo
de obscura tempestad,
al través de mil penas y dolores,
nos bañas con los blancos resplandores
de la felicidad.

Ardiendo en el mismo sentimiento, la poetisa exclama al ver á su hijo pequeñuelo que da limosna:

Dios te bendiga arcángel adorado,
por la dulce bondad que tu alma llena,
y te hace, compasivo, toda pena

con cariñoso anhelo consolar.
Encanto y embeleso de mi vida,
en cuya dulce faz se mira el cielo,
presto la flor divina del consuelo
logra en tu tierno corazón brotar !

Cuando al través contemplas de la reja,
al sér desventurado que te implora,
¡ Oh madre ! me preguntas *¿ por qué llora ?*
con tu argentina y armoniosa voz ;
y al ver al niño que desnudo, hambriento,
en ti fija sus ojos con angustia,
y en su faz débil, macilenta y mustia,
el sello lleva de miseria atroz,

— *Madre, tiene hambre*, — tu purpúreo labio
con tierno acento de piedad murmura,
y una perla del alma fresca y pura
humedece tu rostro encantador ;
y tendiendo tus blancas manecitas,
tu ofrenda presentando con cariño,
das sonrisas y pan al pobre niño,
y al desgraciado caridad y amor.

Los anteriores versos, no son de aquellos que sorprendan por la novedad y altura de pensamiento, pero tienen, en cambio, esa viveza, ese fuego nativo del corazón sin los que el arte más noble resulta frío.

El noventa por ciento de las poetisas que han conquistado aplauso en el mundo, per-

tenece al género sentimental. Con más ó menos inspiración, todas las poetisas del Norte y del Sur de América se parecen cual las alondras, variando apenas en la intensidad de sus píos.

Si fuera yo á citar versos de todas las mexicanas que merecen el dictado de poetisas, haría un capítulo muy largo y nada interesante por su falta de variedad. Después de Dolores Guerrero é Isabel Prieto de Landázuri, escogeré, pues, no á las más ilustres sinó á las que teniendo fisonomía más acentuada, se ajustan de manera mejor al propósito de este libro.

¿Pero, cómo no llamar ilustre y de las más ilustres poetisas de México á Esther Tapia de Castellanos, con quien debo proseguir la serie aquí interrumpida?

Esta señora que reside en Guadalajara desde la infancia, aunque nació en Morelia, capital del estado de Michoacán, es autora de composiciones bellísimas.

En un canto á la *Poesía*, tiene las siguientes cuartetas dignas de Víctor Hugo:

¿Cuál es tu forma, di; dónde naciste?
¿Quién el alma te hizo de lo bello?
¿Por qué la tierra á iluminar viniste?
¿De qué hermoso fanal eres destello?

Te reconozco al fin; ni eres estrella,
ni eres ángel, ni flor, ni luz, ni día;
nada puede fingirte; eres tan bella
que todo débil para tí sería.

Emanación de Dios, su inteligencia,
en su mente purísima formada,
tú te hallabas ya unida á su existencia,
cuando todos los mundos eran nada.

Don José María Vigil, prominente literato de México, se expresa así de la señora de Castellanos: “La lira de Esther siempre tierna y elevada, pura y melodiosa, expresa con igual facilidad los dulces delirios del amor, la melancolía del desengaño, las efusiones íntimas de la amistad, los nobles arranques del patriotismo, los goces inefables de una creyente, la tranquilidad del hogar doméstico, embellecido por los encantos y las virtudes de la esposa y de la madre.”

¿Quiérese una muestra del ardor patriótico de Esther Tapia y de la belleza con que sabe revestir sus sentimientos, la poetisa?

Pues, léanse los versos que recitó siendo muy joven aún, en el Teatro Nacional de México, en la función dada á beneficio de los hospitales de sangre del ejército que luchaba contra Bazaine:

Patria, mi dulce amor, por mí bendita.
á quien ardiente y entusiasta adoro;
¡cómo de angustia el corazón palpita!
¡cuánto al verte llorar, mi patria, lloro!

Con el pesar te veo y la amargura
que sentí de mi madre en la agonía,
y en medio de tu horrible desventura,
¡nada tengo que darte patria mía!

Te miro suplicante, arrodillada;
tus lindos ojos en el cielo fijos...
No llores por piedad, patria adorada,
¡ah, no llores así, que tienes hijos!

No llores, no, ¡por Dios! tu frente erguida
levanta libre con orgullo al cielo;
cada uno de tus hijos tiene vida,
y van á darla por ahorrar tu duelo.

¿Qué importará á tus hijos, patria amada,
ver en tierra tus torres majestuosas?
¿Qué importará su sangre derramada,
si te coronan inmortales rosas?

Ellos irán al campo de batalla;
el patriotismo brillará en su frente,

y al oír el silbar de la metralla,
no temblará su corazón valiente!

Si no les guarda el bondadoso cielo
el eterno laurel de la victoria,
ellos muriendo en tu adorado suelo
clavarán tu pendón lleno de gloria.

No dejarán jamás que tu bandera
se mire en humillante cautiverio;
ni vencerán á tu águila altanera
las águilas triunfantes del *Imperio*.

Yo pido, patria, á la insegura suerte,
que si en la lucha no te da la gloria,
te envuelva entre las sombras de la muerte,
y no deje de tí ni una memoria.

Tus hijas entre tanto, prosternadas,
pedirán á los cielos tu ventura,
y al verlas Dios en lágrimas bañadas.
tu gloria hará lucir radiante y pura.

Ellas también te dan en tu quebranto,
su ternura, sus penas, sus dolores,
y con su acerbo y cariñoso llanto,
al objeto te dan de sus amores.

Te da la esposa al adorado esposo,
te cede la hija, á su querido padre,
y al hijo, su tesoro más precioso,
te da también la cariñosa madre!

Los versos patrióticos adolecen por lo general de hinchazón, en que no repara el autor creyendo siempre quedarse corto en las alabanzas debidas á su país. Rarísimos son los versos inspirados por el amor á la madre patria, en que la razón preside al concepto y ocupa un templado orgullo el ordinario puesto de la jactancia. Debilidad de los poetas muy perdonable es ésta, que consiste en tributar á la tierra en que se ha nacido los homenajes mayores, é ir hasta la fatiga en el camino de las hipérboles.

Esther Tapia, sin embargo, con una discreción sólo igual á la nobleza del sentimiento que la inspiró, no dice en la composición anterior sino lo que debe respecto á México y en particular á sus compatriotas.

¡Ellos irán al campo de batalla;
el patriotismo brillará en su frente;
y al oír el silbar de la metralla,
no temblará su corazón valiente!

El heroísmo de los mexicanos en la famosa guerra de Intervención, hace resaltar más, si cabe, la moderación de esta frase. No se

habla allí de obscurecer á Leonidas en las Termópilas, de cautivar al mundo con hazañas maravillosas, de nada que no sea natural en hombres patriotas, y que, por lo mismo, resulta muy superior á la poesía, en los hechos.

Ejemplo de seductora templanza ha dado á los poetas una mujer casi niña entonces; mas no se curarán por eso los Tirteos americanos de su manía de endiosar á los que cumplen sencillamente, en el campo de batalla, con su deber.

Alma rica de sentimiento, Esther Tapia de Castellanos, no puede tomar la pluma sin vaciar en el papel una parte de sus tesoros.

A una niña de trece años que empieza ya á sentir el amor, dirige la poetisa estos renglones amargos al par que tiernos y que condensan toda la humana sabiduría al respecto:

¿Callas? ¿Lloras?... Comprendo desgraciada;
del amor apartarte intento en vano,
ni lo puede en el mundo
la más robusta y poderosa mano.
Yo no sé si por premio ó por castigo,

Dios le puso en el seno;
y si vemos la tumba á nuestras plantas,
sonriendo apuramos el veneno.
Es mandato de Dios; así lo quiere;
esa es nuestra misión en esta vida.
¡Oh! bebe, bebe pues, niña querida,
apura ese veneno, goza y muere!

Tuve oportunidad de ser amigo en Guadalajara, á mi paso para Colima, de la señora Esther Tapia de Castellanos. En su hermosa fisonomía notábanse las huellas del sufrimiento. Una graciosa niña, —el menor de sus vástagos, —acompañábala en su casa y en el paseo continuamente, y pude comprender que no resta felicidad mayor en la tierra á esa madre, que los cuidados del ángel que conocí á su lado prodigándole sus caricias.

Es proverbial en Guadalajara el mérito de esta dama que, enviudando muy joven, se consagró por entero á la educación de sus hijos y á la administración ordenada de su fortuna.

No sólo talento é ilustración, sino virtud y generosidad muy grandes le reconoce la culta sociedad entre la que vive. Si ha expe-

rimentado hondas penas morales no sé decirlo; pero, mujer de tanta elevación es difícil que no haya recibido alguna vez en compensación del respeto público, los envenenados tiros de la maldad.

La conversación de Esther Tapia es como sus versos: ingenua, dulce, sin pretensiones. Nadie verá en ella á la mujer engreída por los aplausos y que hace inmoderado lujo de lo que sabe.

En el difícil género descriptivo tiene esta poetisa notables versos. Como ligera muestra, copiaré aquí la pintura que hace de un potro á medio enfrenar:

Ya va por los campos, ya corre, ya vuela,
y alegre en el viento sacude su crin;
y alzando orgulloso su cuello enarcado,
se mira inflamada su abierta nariz.

Erguida levanta la frente altanera;
empapa la tierra de espuma también;
y piedras, y arroyos, y ramas saltando,
parece que el suelo no toca una vez.

Se pára un momento y escarba la tierra,
y salta y relincha; le anima el placer;
su cuerpo agitado revuelca en la yerba,
y en la agua tranquila refresca su sed.

Y corre de nuevo, y el pecho levanta,
y alegre en el viento sacude su crin;
dirige do quiera sus ojos de fuego;
parece que dice: "¡soy libre por fin!"

Esther Tapia de Castellanos tiene derecho á ser considerada entre los talentos que dan más lustre á la poética mexicana.

No tengo dato personal ninguno, de Josefa Murillo, á quien reputo muy joven. Basta, sin embargo, transcribir la siguiente composición suya, *Vagando en el terruño*, para reconocer en ella una muy notable discípula de la escuela naturalista.

Amanece. Refleja el ancho río
nubes doradas, juncos y palmeras,
y va á perderse en el bosque umbrío
donde fingen unirse las riberas.

En busca de los peces, codiciosas,
á la orilla dirígense las garzas,
espantando á las tiernas mariposas
que dormitan aún entre las zarzas.

Rápida la gaviota el aire hiende,
y el cisne alisa su ropaje blanco
bajo el florido *múchite* que prende
la torcida raíz sobre el barranco.

En la selva el *virsiichil* aromoso
liban ya los sedientos colibríes
y el cardenal despierta receloso
erizando sus plumas carmesíes.

La pálida laguna se abrillanta ;
y al beso de la onda placentera,
se entreabre el nenúfar, mientras canta
oculta en el bambú la primavera.

Rasga la aurora el vaporoso velo
prendido, entre los montes y las aguas,
y *Tlacotalpam* surge, irguiendo al cielo
el trémulo penacho de sus yaguas.

¡Cuán bella es ! La espléndida paleta
de natura en su hechizo se consume :
cual la mujer amada del poeta,
tiene el color, la línea y el perfume.

Y hay en su luz destellos sin iguales ;
porque esa luz Elodía, es la que vimos
sonreír en el huerto y los portales
de la casita blanca en que nacimos.

.....
¡ Oh ! mi tierra adorada ! Al contemplarte
goza el alma, y se eleva agradecida...
¡ Quién conquistara un lauro que dejarte
como una ofrenda al terminar la vida !

Tan hermosa composición, demuestra en su autora un espíritu cultivado y sensible cual pocos al influjo de nuestra madre naturaleza. *Vagando en el terruño*, es una joya poética de valor, porque traduce con energía y